

2.4. LA «CRISIS» DE LA AGRICULTURA DE MONTAÑA: EL CONTEXTO ACTUAL DE LA TRASHUMANCIA

La evolución de la ganadería pirenaica tratada a lo largo de este capítulo revela, como cuestión más importante, que, en gran medida, las explotaciones han dejado de integrar la agricultura y la ganadería. Como hemos visto, las explotaciones se han especializado en la ganadería, y una buena parte de lo que antes eran campos de cultivo para la alimentación humana son hoy cultivos forrajeros, prados o tierras abandonadas. Las razones de esta especialización hay que buscarlas, por una parte, en la abundancia de pastos, que favorecía la especialización ganadera; y, por otra, en la dificultad de aplicar en zonas de montaña técnicas para la intensificación y mecanización agrícola, de forma que estas explotaciones no podían competir con las de las zonas llanas, con rendimientos mucho más elevados.

Las explotaciones ganaderas de montaña se enfrentan a problemas diversos derivados de esta menor rentabilidad. Los principales problemas económicos de las comarcas pirenaicas en relación con los de otras zonas, son, según un estudio realizado en 1981 por la Generalitat de Catalunya las especiales condiciones del medio de montaña, que conducen a una explotación aleatoria de los recursos; los suelos poco profundos, con pasturas sobre suelos ácidos y pedregosos; el relieve accidentado, que comporta pérdidas de rebaños; las pendientes, que facilitan la erosión; y las condiciones climáticas, que determinan un medio adecuado para ciertos cultivos. Hasta que no apareció y se extendió la mecanización agraria no existían, desde un punto de vista técnico, diferencias entre el llano y la montaña. Después, el desarrollo científico y técnico creó las condiciones para que la mecanización permitiese a las explotaciones de los llanos incrementar la producción y, al mismo tiempo, reducir el trabajo manual. Para las explotaciones de montaña fue más difícil la adopción de las técnicas mencionadas y la obtención de los mismos rendimientos que en el llano, aunque los gastos fuesen similares. Según el estudio antes citado (Generalitat de Catalunya, 1981:163), la comparación de datos es elocuente: frente a los rendimientos de 4.500 U.E./ha. en zonas de llano, los de 2.000 o 2.500 U.E. ya son satisfactorios en la montaña, y la lactancia de las vacas que habían pasado el verano en puertos de más de 1.200 m. era un 7 u 8% inferior a las otras. Además, mientras el trabajo de una hectárea le puede costar a un tractor 3 1/2 horas en el llano, en la montaña asciende a 20 o 30, y las 15 h/ha que puede representar la cosecha mecanizada de forraje se transforman en 45 - 60 si se realiza a mano. Otro inconveniente importante proviene de las dificultades en el montaje de las instalaciones, puesto que el capital invertido es gravoso allí donde se construyen establos en todos los peldaños en que existen prados. Los volúmenes que se exigen en los sistemas de alimentación para almacenamiento de forraje (35-40 m; por vaca y invernada) son mayores que en el llano y, además, el coste de la construcción es también más elevado (aislamientos, transporte de materiales). Por todo ello, dicho estudio concluye que el producto bruto por ha. de S.A.U. puede ser un 48-62% inferior en zonas de montaña.

Además de tener menos posibilidades de mecanización y un rendimiento más costoso, las explotaciones de montaña, son de difícil planificación, dados los factores aleatorios del medio. Así, el clima limita los períodos vegetativos de los forrajes, paralizándolos durante 6 o 7 meses al año; se calcula una semana de retraso en la vegetación por cada 200 m. de altura. De esta manera, mientras que en zona no montañosa una explotación puede disponer de hierba fresca 180 días al año o más, en la montaña esta cifra se reduce a 120 o 150, circunstancia que limita en invierno las posibilidades de alimentación del ganado, obligando a los ganaderos a tener rebaños inferiores a los teóricamente soportables y con frecuencia superiores a los reales. De ahí que las ferias de otoño, en su origen, tuvieran como finalidad regular el rebaño de invierno, vendiendo efectivos antes de que llegara esta estación para evitar así su manutención. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que esta economía ganadera especializada depende estrechamente del mercado, y que el precio de venta de un producto fundamental en unas fechas fijas (terneros de recría en otoño) no está garantizado como de hecho otros productos agrarios del llano (cereales, carne, leche, etc.).

En cualquier caso, las explotaciones ganaderas subsisten en la actualidad en las comarcas pirenaicas y además la mayoría de ellas siguen practicando la trashumancia. La razón principal es que el pastoreo estival es hoy una de las pocas actividades destinadas a aprovechar eficazmente los extensos terrenos que, por rebasar los 1.800 metros de altitud, se ven sometidos a las heladas y al frío invernal y cuyo abrupto relieve les hace difícilmente accesibles. En efecto, la trashumancia sigue asociada a niveles de inversión bajos en comparación con otros tipos de explotación, pues, aparte del uso de modernos sistemas de transporte en gran parte de los desplazamientos, han variado poco las condiciones técnicas de la producción. Así pues, el mantenimiento de la trashumancia en el Pirineo catalán, a pesar de su reducción, se explica por el uso de espacios residuales, por unos bajos costos de producción y por las ayudas públicas, decisivas en algunos casos, como en el del ganado ovino. En este sentido, el Plan Comarcal de Montaña de la Generalitat de Catalunya propone una serie de medidas para obtener un mayor aprovechamiento de los pastos comunales pirenaicos: mejora de los equipamientos, mayor rendimiento de los pastos a base de tratamientos, la

limitación del avance del bosque, la limpieza de la zona de pastos, y obligación de sanear el ganado que acceda a los comunales (Generalitat de Catalunya, 1991: 179).

En la reciente evolución de la ganadería en el Pirineo, como en otras regiones, se ha apreciado un proceso de concentración de explotaciones que va eliminando las más pequeñas y las menos capitalizadas. Las variaciones en tamaño, calidad y situación de las explotaciones, la realización o no de actividades complementarias y, en definitiva, los distintos grados de capitalización, son factores que explican la productividad marginal de algunos ganaderos frente a la obtención de beneficios por parte de otros. La renta diferencial crea un proceso de diferenciación social entre las propias explotaciones familiares. Las provistas de mayor capital están en mejores condiciones de obtener rentas, lo que les permite a sus propietarios realizar nuevas inversiones, mejorar las condiciones de vida o invertir en el futuro de los hijos, dándoles estudios. Contrariamente a ello, las explotaciones menos capitalizadas no sólo obtienen inferiores remuneraciones, sino que éstas han de conseguirse mediante la sobreexplotación familiar. Los débiles rendimientos de cada unidad producida constituyen una nueva desventaja para las explotaciones menos capitalizadas, que su situación marginal amplifica (GUTELMAN, 1971; ROSEBERRY, 1976; PAINTER, 1986; COMAS Y CONTRERAS, 1990). Muchas explotaciones familiares subsisten gracias a la posibilidad de aumentar sus rentas agroganaderas mediante la realización de actividades externas, lo que, por otra parte, repercute en la productividad de la explotación ganadera, en la organización familiar, en la carga de trabajo de sus miembros y en sus dificultades de reproducción social (ETXEZARRETA, 1985: 136).

Las explotaciones ganaderas se han visto obligadas a invertir constantemente con vistas a conseguir mayor intensificación, una «racionalización» del proceso productivo y un aumento de la productividad, de acuerdo con los criterios de mercado establecidos. Estas inversiones, sin embargo, no tienen un resultado mínimamente garantizado y, además, encuentran su justificación en una reestructuración empresarial casi permanente motivada por las demandas coyunturales del mercado, de manera que los ganaderos tienen que invertir constantemente. Pero, al mismo tiempo, las explotaciones deben tener el tamaño y el capital necesarios para seguir intensificando o, de lo contrario, han de ser abandonadas ante la imposibilidad de realizar las inversiones necesarias. Este es el contexto en que se produce la crisis de reproducción de las explotaciones ganaderas en las comarcas pirenaicas, si bien es cierto que, como los modelos de maximización no se aplican siempre de forma mecánica, existen ganaderos reacios a abandonar su explotación, a pesar de los beneficios mediocres que obtienen y del éxodo de la generación que debería reemplazarlos. Dicha emigración, en cualquier caso, supone un aviso de cierre a fecha fija para estas explotaciones.

Este es el panorama en que se halla el decaimiento del sector agropecuario. Las modernas técnicas han venido a demostrar su distanciamiento respecto a los sistemas tradicionales, comparativamente menos rentables y difícilmente modificables. La situación actual se caracteriza por una disminución de las posibilidades de la ganadería, la apertura del sistema y la gestión por empresas forasteras de la explotación forestal, que antes, y después, de que se desarrollaran los sectores hidroeléctricos y turísticos han traído emparentada la emigración, fenómeno que no es, como antaño, estacional o temporal, sino definitiva, lo que implica el empobrecimiento demográfico y la crisis del sistema. La disminución del censo pecuario, con la pérdida de productividad de los pastos, ha sido paralela a una reducción de la trashumancia, la implantación de la semiestabulación y de los cultivos intensivos forrajeros y el reajuste de la cabaña ganadera (eliminación del rebaño de cabras, especializado en la producción para vida o leche y rebaño de vacas «bruno-alpinas», desaparición de la fabricación artesana de quesos, etc.).